

SERGIO
PITOL

ANTON CHÉJOV EN YALTA

Para Lya Cardoza y Aragón



Anton Chéjov

En un barrio de Yalta alejado del centro, lo que a principios de siglo fue la aldea de Autka, en medio de un jardín soberbio, trazado y originalmente plantado por la propia mano de Chéjov, se levanta la casa de cantera blanca que el escritor mandó edificar en 1899 para refugiarse en ella, ya no en busca de una salud que sabía inalcanzable sino en la simple espera de sobrevivir unos cuantos años al mal cuya gravedad perfectamente conocía.

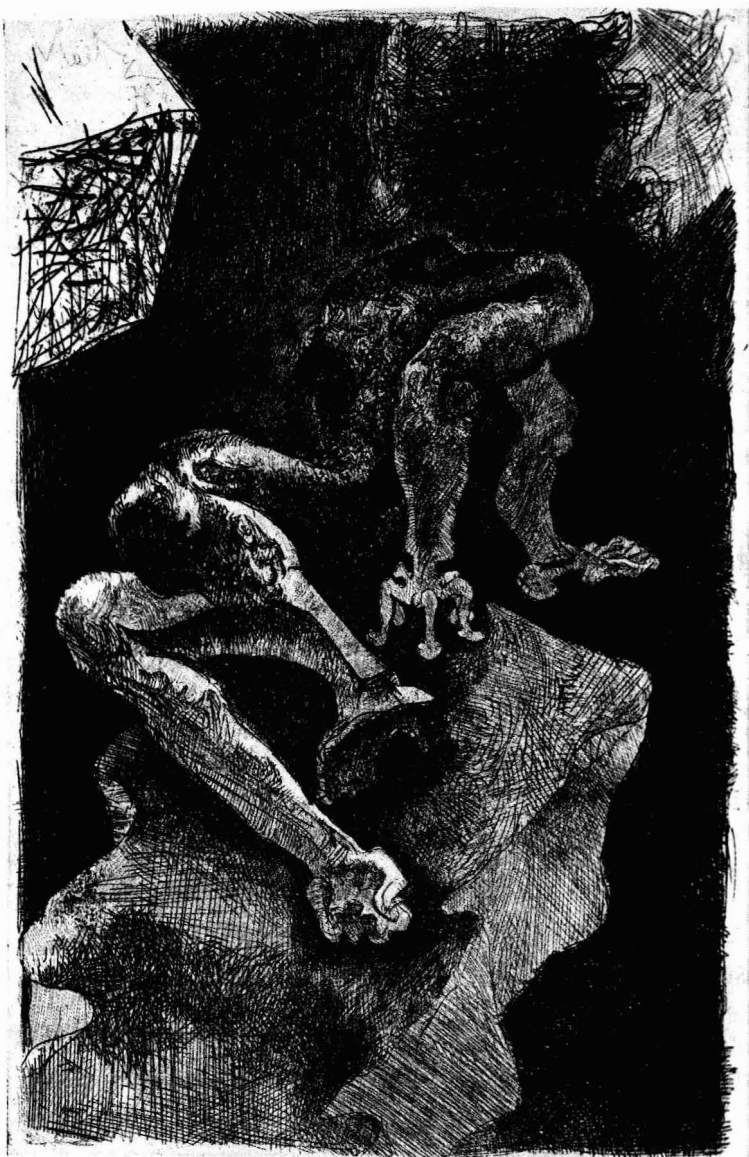
Sólo la visita a otra casa museo me ha producido una emoción semejante, porque también en ella la presencia de su morador se siente de manera casi física. Se trata de la casa de Tolstoi en Moscú. La personalidad de Chéjov se afirma en todas partes, diluye y borra la atmósfera museográfica, parece excusarse de su amplitud, de su natural elegancia, del hecho de atraer tantos visitantes cada día. Se excusa, sí, pero sin que haya nada de dulzón, de falsamente delicado ni gazmoño, sin esos

sentimientos blandos que suelen atribuirle algunos de sus biógrafos. Todo indica una personalidad tenazmente construida donde el esfuerzo apenas se advierte; allí están las fotos de sus familiares y amigos, dos por lo menos de Tolstoi, una autografiada sobre su mesa de trabajo, otra de gran formato en una pared del salón. Sus muebles y objetos nos resultan conocidos por formar parte del tejido mismo de sus relatos y dramas, el famoso "querido armario de nuestra infancia" de *El jardín de los cerezos*, tres o cuatro buenas piezas de estilo Jacob, algunos cuadros de Levithan. Mucho de lo que constituye el meollo del mundo chejoviano está ahí presente; escueto y sobrio, aunque de ninguna manera monacal como las habitaciones de Tolstoi. Todo parece tan casero, tan vivido, que a pesar de que Chéjov pasó allí escasamente cinco años, uno podría sufrir la ilusión al detenerse en el salón, al asomarse a los balcones, de que el propietario acabase de salir tal vez de paseo con Bunin, o a caminar con sus perros, y de que si uno se armara de paciencia lo vería quizás regresar.

Podría suponerse que la casa fuera triste, ya que Chéjov se exilió en ella en espera de que llegara la muerte. Pero de ninguna manera es así. Desde ciertos ángulos del jardín, la alta casa blanca parece un gran navío varado entre arbustos y flores, cuya proa buscara con seguro instinto el mar. Frente a la puerta de la casa crecen dos grandes árboles; el roble que plantó el escritor cuando edificó la casa y el ciprés que sembró María Chejova cuando recibió la noticia de la muerte de su hermano.

Ese período coincide con su estrecha amistad con Tolstoi, quien convalecía en una población cercana, con Gorki y con el joven Iván Bunin. De algún modo uno siente que esa casa donde un hombre arrojaba por la noche chorros de sangre es también la casa del hombre libre e independiente que escribió una obra profundamente personal cuya influencia no ha cesado ni en Rusia ni en el extranjero. Hay quienes se lo deben todo: Katherine Mansfield, por ejemplo. ¡Qué extraña sensación deja el repasar los testimonios de





quienes lo conocieron! ¡Qué poca concordancia entre ellos! Hay rasgos comunes: la elevada estatura, su humor radiante, el gusto por las bromas, por la compañía de los amigos, la pulcritud, el respeto inalterable a la persona humana, su simpatía por los humillados, su odio a la vulgaridad. En cuanto a lo demás, todos difieren, desde el color de los ojos hasta el tenor de sus opiniones: “¡Amaba a la gente de teatro y no podía vivir lejos de ella!” “¡Detestaba a los actores, le hacían perder la paciencia!” / “¡Creía en la inmortalidad!” “¡Se reía de los ilusos que creían en la inmortalidad!” / “Pensaba que nada como la pobreza podía ayudar más a un escritor a realizar su obra”. “Consideraba que el escritor debería ser rico, viajar todo lo que le viniera en gana”, etc.

Tal vez eso pruebe la originalidad del personaje, que, al igual que su obra, se rehúsa a ser encasillado en esquemas. Bunin, que lo trató constantemente durante esos años de Yalta, señala que él mismo no se dejaba atar por ninguna concepción esta-

blecida, que huía de todo lo que tuviera tufo a definitivo, cual si cuando afirmara tan sólo propusiera algo a la consideración de los demás. La verdad es que en su obra los malvados confían siempre en la infalibilidad de su opinión.

En vida se le acusó de ser indiferente al sufrimiento de sus personajes, de no tomar partido por el progreso. Hoy día, hay quienes consideran su obra como una mera denuncia a la sociedad en que vivía, un canto de fe en el hombre, una toma de posición en favor del progreso y el cambio. ¡Qué pobre todo eso, qué disminuidor! Los jóvenes revolucionarios de su tiempo, los abuelos de los académicos de hoy, se equivocan al tratar de ceñir el genio de Chéjov, que es eso, pero mucho, muchísimo más, aunque a veces parezca un poco menos. Cada época leerá a Chéjov de modo diferente y encontrará proposiciones distintas. El joven que lo lea hoy día en Tokio establecerá con Liubov Andreievna, con Troplev, con las tres hermanas, una relación diferente a la de su contemporáneo de Xalapa, de Roma, o Leningrado. ¡Diferente también a la de sus abuelos! ¡Sólo un orate podría considerar optimista esa obra maestra que es *Una historia aburrida*! De ella escribió Thomas Mann: “Ya en plan de citar y elogiar, es indispensable mencionar *Una historia aburrida*, la que amo más que todas las creaciones de Chéjov, una obra absolutamente extraordinaria, fascinante, que en su silenciosa y triste singularidad quizás no tenga rival en toda la literatura.” Es un relato que puede leerse desde varias perspectivas, que queda abierto a la interpretación de lector, y que, a pesar del calor y la piedad que el autor muestra a sus criaturas, no es sino el maravilloso relato de una derrota. El viejo profesor, su protagonista, descubre al final que por nobles que hayan parecido sus esfuerzos para realizar algo en la vida, en el fondo la suya carece de cualquier sentido, no difiere de la del mezquino e inoble Iván Ilich de Tolstoi. Y a la pregunta más simple, al “¿qué hacer?” con que su joven pupila lo interroga, la única persona que le interesa, no puede (o no quiere) sino res-



ponder: "No lo sé; ¡la verdad es que no lo sé!"

El primer cuento que escribe en Yalta, en la cocina de la casa aún en construcción, es *La dama del perrito*. Algo en el relato nos hace sentir que ha llegado al fondo del destierro, al tedio, a la desolación que antecede a la muerte: "El tiempo pasa rápidamente —dijo ella—, y, sin embargo, ¡qué tremendamente aburrido es esto!" "Lo usual aquí es decir que uno se aburre". Y en alguna parte: "La ciudad con sus cipreses le pareció la ciudad de los muertos". Y sin embargo es allí, en esa hermosa casa de cantera blanca donde va a perfeccionar su verdadera liberación como hombre y escritor y donde logra fundir su visión personal con los ideales de la época. Ahí oyó el rumor de lo que está por estallar: se acerca el año 1905.

Es muy famosa su carta a Suvorin: "Escriba el relato de un joven —se refería a sí mismo—, hijo de siervos, antiguo empleado de tienda, cantante, liceista, estudiante, educado en el respeto a los cargos, en el hábito de besar la mano a los popes, de re-

verenciar las ideas ajenas, de dar las gracias por cada trozo de pan, que fue muchas veces azotado, que ha ido a dar lecciones sin chanclos, que ha sido camorrista, que ha hecho sufrir a los animales, a quien le gustaba almorzar en casa de sus parientes ricos, que, sin necesidad alguna, sólo por tener conciencia de su nimiedad, ha sido hipócrita con Dios y con los hombres, escriba usted cómo ese joven extirpa de su ser, gota a gota, al esclavo, y, al despertarse un buen día, advierte que por sus venas ya no corre sangre de siervos sino sangre verdadera, sangre humana".

Y es en la casa de Yalta, donde solitario, lejos de la mujer con quien al fin se ha casado, de los cafés y restaurantes del Moscú ruidoso que amaba, no sólo reiteró y demostró que en sus venas corría la sangre de un hombre libre sino que también se sintió autorizado para dar una respuesta al perenne "¿qué hacer?" del siglo XIX ruso. En *Una historia aburrida*, escrita antes del viaje a Sajalín, a la joven protagonista sin respuesta no le queda otro recurso que no sea el de una y otra manera venderse, envilecerse, destruirse como la Nina Zarechnaia de *La gaviota*, del mismo modo que a Platonov, a Ivanov, al joven Treplev. entre tantos otros de sus personajes, no les quedó más remedio que enloquecer o suicidarse. Los relatos y dramas de Yalta son diferentes. Los amantes de *La dama del perrito* advierten que son ellos, los prófugos que viven clandestinamente su relación, quienes sostienen la única verdad que cuenta, y que la sociedad, su perseguidora, se sustenta en la mentira. En su último cuento, "La prometida", una joven abandonará su casa días antes de su boda "porque de pronto la vulgaridad en que vivían ella, su madre, su abuela, le pareció intolerable, porque sabía que existía una vida amplia, espaciosa, y esa vida aún confusa y llena de misterios le atraía y llamaba". Anna, la joven heroína de *El jardín de los cerezos*, no destruirá su vida como la Nina de *La gaviota*. Escapa hacia la Universidad y el trabajo. El jardín que los mayores no supieron conservar ha dejado de atarla; sabe "que el mundo entero será su jardín".